

temas clásicos de la antropología filosófica de la educación, junto con el carácter normativo que defiende implícitamente. Si la antropología pierde esta dimensión normativa no podríamos entender en qué podría ayudar a la pedagogía. En efecto, aunque el libro define algunas teorías subyacentes en conflicto y presenta las más importantes, no se puede negar que las autoras se sitúan legítimamente en un marco cercano al aristotelismo que les permite defender modos concretos de entender las distintas dimensiones humanas: intelectual, afectiva, social, etc.

Para quienes enseñamos disciplinas antropológicas, el libro adolece de algunas carencias que tienen que ver con importantes cuestiones que están afectando a la educación y sobre las que la antropología de la educación algo tendría que decir. Es cierto que el libro toca algunas cuestiones sobre el transhumanismo (pp. 33 y 34, 41, 106 o 117) o el mundo de la tecnología y las nuevas formas de relación virtual (pp. 91, 105), y dentro del capítulo 7 dedica todo un apartado a “la educación en un mundo de relaciones virtuales (pp. 131-134). Pero echamos en falta alguna clave para abordar aspectos importantes de la identidad humana que se han revelado controvertidos en nuestro siglo XXI, y que tienen que ver con las derivadas del carácter sexuado del ser humano: sexo, género, deseo, orientación sexual etc. Si bien nos hubiera gustado algún capítulo en el que analizaran esa dimensión, el libro resultará valioso para los que tengan que enfrentarse de manera introductoria, que no quiere decir poco rigurosa, con esta disciplina.

David Reyero García  
Universidad Complutense de Madrid

---

### Gómez Francisco, T. (2018)

*La complejidad: un paradigma para la educación. Su aporte con una mirada histórica y reflexiva.*

Santiago de Chile: RIL Editores, 142 pp.

En una época de contextos mundializados, de la misma magnitud que sus crisis, es innegable que el tema de la educación se ha vuelto primordial, de ahí que no resulte extraña la diversidad de estudios, investigaciones y propuestas que tratan sobre sus desafíos, principalmente, debido a las exigencias del siglo XXI. Ante ese escenario, que demanda de nuevos paradigmas que permitan situar a la educación en la perspectiva de formar nuevas relaciones sociales, el libro de la Dra. Taeli Gómez Francisco, *La complejidad: un paradigma para la educación. Su aporte con*

*una mirada histórica y reflexiva*, tiene la particularidad de plantearse interrogantes y propuestas considerando los aportes del paradigma científico de la complejidad, o desde las complejidades, como profundiza la autora.

En primer lugar, propone la complejidad como un enfoque integral desde el cual se puede tener una perspectiva crítica hacia la estrechez de los persistentes paradigmas clásicos, simplificadores y reduccionistas, hoy incapaces de dar respuesta a los problemas planteados en el ámbito de la educación, pues han demostrado que son insuficientes para comprender los emergentes objetos de estudio, las realidades y sus crisis, lo que ocasiona que no se pueda comprender el mundo que los produce, y menos aún, resolver los problemas que lo aquejan y que demandan nuevas conciencias colectivas e individuales.

Desde el primer capítulo, el libro reseñado explica el paradigma de la complejidad y lo sitúa en los contextos históricos que lo validan como un paradigma científico, principalmente, debido a su capacidad de comprender y explicar con mayor heurística las nuevas realidades, lo mismo que sucede con los aportes del pensamiento complejo, que propone Edgar Morin. Es a partir de este contexto histórico-epistemológico desde donde surgen las interrogantes: ¿qué sucede con la educación?, ¿requiere ser transformada?, ¿ha sido afectada por la dinámica material y espiritual de los nuevos cambios?, ¿qué humanos estamos formando?, ¿qué se pretende enseñar, cómo hacerlo y para qué?

Admitiendo que las anteriores son preguntas que requieren de un esfuerzo profundo y de un cambio de paradigma, el capítulo I del libro aborda la educación como proceso contextualizado, planteando con mayor detalle cuáles serían las limitaciones de seguir abordándola desde paradigmas simplificadores, en todas sus dimensiones; tanto en lo que respecta al qué enseñar, al cómo hacerlo y al para qué.

Al respecto, se reflexiona sobre la concepción de la importancia de la imagen de realidad y cómo ello afecta a la educación, como limitante de un cuadro científico clásico de mundo. En esa línea, la autora plantea el atomismo y la presencia de maneras de pensarla como entidades discretas, como las asignaturas diseñadas aisladamente, donde no hay diálogos de contenidos, ni tampoco éstos son situados; la organización espacio-temporal del aula, en bloques y descansos, que redundan en simplificaciones de unidades pedagógicas, que, en última instancia, se transforman en yuxtaposiciones de aislados universos pedagógicos; el concebir a las monadas discretas estudiante-profesor, como islas llamadas a ser sumadas, no permitiendo ver las totalidades educativas, con prácticas educativas que no enfrentan a los estudiantes a las contingencias, emergencias e incertidumbres de los contextos actuales.

Al finalizar este capítulo se plantea que la incorporación de la complejidad a la educación permite un encuentro cara a cara con la vida y las crisis eco-sociales; el reconocimiento de la práctica como base epistemológica que elimine fronteras entre lo social y natural, entre las escuelas y la vida, entre el corazón y sus pálpitos, y entre la incertidumbre de un puente que se da entre esta generación y la próxima. En ese contexto se hace un llamado a desarrollar una pedagogía que se replantee hacia aulas creativas en sus múltiples direcciones; a interaccionar y complejizar como habilidad; a superar lo lineal de preguntas-respuestas; al desarrollo de habilidades para asumir cambios frente a la variación de las condiciones iniciales; a evaluaciones no bancarias, sino de creación; a superar la linealidad de contenidos en la linealidad temporal, de contenidos, taxonomías y otras; y la formación con andamiajes para dialogar con las incertidumbres.

En tanto, en el capítulo II del libro reseñado, la autora plantea distintos ámbitos de interrelaciones como tramas y sistemas complejos. Al respecto, se mencionan las subjetividades, donde los distintos sujetos educativos no se agotan en un estudiante-aislado, sino que se entraman en diversas perspectivas; las interrelaciones de lo social-político-cultural en las tramas educacionales, sólo por nombrar algunas. Mientras que, en el capítulo III, se expone la concepción del aula compleja, que la autora identifica como un ejemplo real del todo integrado en cuanto posibilidad, y cómo desde la práctica se pueden ir abriendo alternativas de superar las aulas en la dicotomía adentro y afuera, para romper fronteras y hacer dialogar a los sujetos educativos en comunidades educativas más amplias, e inclusive, entre países y regiones distintas. En este capítulo también se presenta un diseño de cuaderno de apuntes para registrar el aula compleja, que se propone como un instrumento integrador de contextos.

Como corolario, la obra reseñada es una sobresaliente invitación a la deconstrucción de toda presencia de paradigmas clásicos en la educación, que impiden la formación de sujetos para interactuar, comprender y transformar el mundo complejo actual, incluido el sujeto de las aulas complejas como lo son las generaciones futuras. Y, a la vez, es un llamado a valorar los aportes de los paradigmas complejos, para significar la educación como una apuesta de futuro.

Juan José Rubio González  
Universidad de Atacama, Chile